

derado otra vanidad bajo el sol: uno está solo, sin herederos, no tiene hijo, ni hermano. Sin embargo no deja nunca de fatigarse, ni se hartan sus ojos de riquezas: ¿Para qué me fatigo y me privo de bienes? También esto es vanidad y un duro afanarse» (Ecl. 4, 7-8). Esta es la desgracia de muchos sacerdotes: aquí caen muchos a menudo. Pero admitamos aún esto: un sacerdote tiene padres pobres, quizá muchos los tienen. Pero ¿es esto un motivo válido para usar el sacerdocio de un modo tan abyecto? Nuestro ánimo está entristecido porque frecuentemente nos llegan voces de irritación y de queja de algún sacerdote a propósito de las limosnas, de las velas y los cirios que se les deben cuando son llamados a celebrar las exequias y a recitar el oficio de los difuntos. Estos desgraciados ¿qué se están preparando? Amasarán dinero, dejarán claro a todos que su ánimo es innoble, les llegará la muerte y *«con sus bienes otros se darán la buena vida»* (Eclo. 14, 4). No pocas veces sucede que los familiares y los herederos, después de la muerte, no hagan celebrar ni siquiera un Sta. Misa de sufragio. La avaricia de los sacerdotes es una grave desgracia; cuando esta peste ha tomado posesión de su corazón, caen en el abismo de toda desgracia. El Profeta se lamenta de estos desventurados, porque *«cada uno seguía su camino»* (Is. 53, 6). Son aquellos que el Apóstol Pablo define como aquellos que *«buscan sus propios intereses, no los de Jesucristo»* (Fil. 2, 21). Cuando un sacerdote deja paso en sí mismo a una actitud así, todo va mal; fija todo para este fin: ganar y enriquecerse. Calla, cuando, por el contrario, debería reprender; tolera, no toma posición, disimula los pecados; absuelve de aquello para lo que no tiene poder; se embarca en todas las actividades de las que espera obtener beneficio; envilece el sacramento de la Confesión, usándolo para fines viles e innobles; desvía toda sanción penal. Por todo esto, los hombres, mal guiados, se endurecen en los pecados, prolongan situaciones de concubinato, practican la usura. Y, sin embargo, estos ministros del Altar, tienen siempre dispuestas excusas. Dicen que han denunciado al

superior los nombres de estos pecadores durante el periodo pascual, y que por tanto han cumplido con su deber y que no ven qué otra cosa han de hacer. Dice muy bien S. Bernardo: «Cuando muere un hijo, ¿acaso la madre podrá consolarse fácilmente, viéndolo exánime, con solo pensar que ha hecho todo lo que le era posible, que ha tomado todos los cuidados para que no muriera? Un verdadero amor materno no admite tal forma de resignación». Quien forma parte del número de tales sacerdotes razona consigo mismo de este modo: Yo también tengo un hijo, un feligrés mío, debilitado por los pecados, muerto; ¿y me podré consolar o considerar que he hecho bastante porque he señalado a mi superior o a mi obispo tal calamidad? ¿Arde todavía en mi pecho el celo por el honor del Señor y la salvación de esta alma? ¡Oh, si tal celo, queridísimos hermanos, tuviera un poco de fuerza en este sacerdote, cómo se sentiría angustiado y estimulado. No se daría nunca por vencido, pasaría las noches sin dormir, lloraría, no se ahorraría fatigas y atenciones con tal de dar la vida al alma de este hijo suyo! ¡Y en cambio...! Por esto sucede que en muchos lugares se encuentran personas, que, aunque viviendo en situación de pecado desde muchos años, sin embargo son confesados y se acercan a la sagrada Mesa: después, muchos no hacen ni una cosa ni la otra y continúan perseverando en el pecado. Todas estas cosas deben ser achacadas a la avaricia de los sacerdotes. Jeremías dice: *«Cosas horribles y espantosas han sucedido en la tierra. Los profetas predicán en nombre de la mentira y los sacerdotes gobiernan por su propia cuenta; sin embargo mi pueblo está contento con esto. ¿Qué haréis cuando llegue el fin?»* (Jer. 5, 30-31). Y más adelante añade: *3«Del más pequeño al más grande todos cometen fraude; desde el profeta al sacerdote todos practican la mentira. Ellos pretenden curar la herida de mi pueblo, pero sólo a la ligera, diciendo: ¡Bien, bien! Pero no va bien»* (Jer. 6, 13-14). *El sacerdote avaro dice: La amistad con éste me puede ser útil; trataré de hacerla crecer. Por eso me callaré y disimularé.*

¡Cosas espantosas y horribles! Tratan de cubrir los contratos ilícitos, «hacen cintajos para todas las articulaciones de las manos y preparan lazos para todas las cabezas» (Ez. 13, 18). Presentan esta atenuante: «Mi pueblo está contento con esto» (Jer. 5, 31) y dice: No encuentro en este hecho aquel remordimiento de conciencia que otro sacerdote, severo, inútilmente trataba de suscitar en mí. Este es demasiado rígido y trata de asustarme inútilmente. He encontrado a uno que me absuelve, aunque tenga una concubina en casa. Es suficiente prometer que con ella no caeré más en pecado. El profeta dice: «¿Qué haréis cuando venga el fin?» (Ibidem), y sin añadir nada más, cierra el párrafo.

¿Qué sucederá en el momento de la muerte, del sacerdote y del penitente engañado por él? Pensad por vosotros mismos qué sucederá. Ciertamente *«cuando un ciego guía a otro, los dos caerán en un foso» (Mt. 15, 14). Por eso estos disimulos, esta ligereza, los engaños, la muerte de las almas derivan del hecho de que «cada uno sigue su camino, cada uno piensa en su propio interés, sin excepción» (Is. 56, 11): La Verdad Eterna nos ha enseñado con sus mismas palabras que debemos huir de este sueño: «Estad bien atentos» y temed «que vuestros corazones no se embrutezcan en disipaciones, borracheras y afanes de la vida» (Luc. 21, 34).*

¿Hay acaso, hermanos, algún otro sueño perjudicial para los sacerdotes? Seguramente es el de las comilonas y las borracheras, como acabáis de oír en las palabras de Cristo. El no tener medida al alimentarse no sólo embrutece el cuerpo sino también el corazón. Hay algunos que dicen: *«Venid, yo tomaré vino, y nos emborracharemos de una bebida embriagadora. Mañana será como hoy; hay una reserva muy grande» (Is. 56, 12). Gocemos de este mundo como hacen todos: ¿por qué vamos a intentar inútilmente cambiar el mundo? El fin de éstos es comer, beber y dormir.*

Pero ¿es posible pensar en encontrar sacerdotes entregados al cuidado de las almas que duerman? Hermanos,

no es este el fin de nuestra vocación; no es ésta la intención de quien os ha elegido para este ministerio. Cuando Cristo llamó a Pedro y a Andrés al apostolado, empleó estas palabras: «*Seguidme, os haré pescadores de hombres*» (Mt. 4, 19). La vida de los pescadores está llena de fatigas y de peligros; echan las redes de día y de noche; no dejan de pescar ni en el frío ni en el calor; ni lo dejan por cualquier dolorosa molestia; incluso, si después, muchas veces, no cogen nada. Con el ejemplo de estos dos hermanos, el Señor enseñaba que aquel que es llamado al cuidado de las almas, no es llamado a la tranquilidad ociosa, sino a un trabajo continuo, a pescar. Guiar las almas es ciertamente una tarea que requiera fatiga y, a pesar de ello, algunos ignoran las obligaciones de su ministerio; se dicen a sí mismos que ya han alcanzado un puesto muy cómodo de sacerdote, que tienen abundantes ingresos, que tienen de qué vivir holgadamente y que por ello pueden descansar. Esta actitud espiritual es extremadamente nociva, incluso en un hombre de vida mundana: ¡cuánto más en un sacerdote! Estaba guiado por ese espíritu aquel que decía: «*Alma mía, tienes a tu disposición muchos bienes, para muchos años; descansa, come, bebe, y date la buena vida. Pero Dios le dijo: Necio, esta misma noche se te pedirá la vida. Y lo que has preparado ¿de quién será?*» (Luc. 12, 19-20). Muchos fijan límites a su fatiga pastoral; dicen: he ido a casa del enfermo que me ha llamado; lo he confesado; le he llevado la Comunión; he hecho de modo que mis fieles cumplieran el precepto en el periodo pascual; me he dedicado a explicar la doctrina cristiana por las tardes de los días festivos. No se pretende otra cosa de mí.

¿Cómo puedes decir: ninguna otra cosa? ¡Cuántas otras cosas requiere el cuidado de las almas! Tu ministerio requiere mucho más. Está esa persona a la que debes aconsejar a su tiempo o fuera de tiempo; debes mostrarle claramente ante sus ojos las penas del infierno; debes descubrirle las heridas de sus pecados; debes presentarle la Pasión de Cristo, sufrida para borrar los pecados. Debes

constantemente exhortar, suplicar, instruir, invitar a la frecuencia de los sacramentos, dirigir las almas. Y cuando por don de la gracia, en el corazón de éstos nazca Cristo, debe ser mantenido y seguido. Un párroco, a quien Cristo ha confiado las almas, ¿podrá estimar que ha cumplido su deber por el hecho de haber cumplido su ministerio en el periodo pascual? ¡Cuánta solicitud debe poner todavía en práctica! «*Quien preside, lo debe hacer con diligencia*» (Rom. 12, 8), dice S. Pablo. La pérdida de esta diligencia es un daño gravísimo: de ella deriva la ruina de los parroquianos y las almas confiadas al cuidado pastoral. Dice el Sabio: «*He pasado junto al campo de un perezoso, junto a la viña de un insensato: por todas partes habían crecido malas hierbas, el terreno estaba cubierto de cardos, y el cercado de piedras estaba en ruinas*» (Prov. 24, 30-31). Si se debilita el fervor en el cuidado de las almas, enseguida crecen con fuerza todos los males. El campo del párroco es la parroquia: la viña son las almas confiadas a él. Si el párroco es perezoso, si duerme, la parroquia se llena enseguida de malas hierbas y cardos; en ella ponen sus raíces mil abusos, mil escándalos, la corrupción. El recinto de piedra se desmorona: se destruye la observancia de los mandamientos por la que las almas son protegidas como por una muralla. En consecuencia, una parroquia sin orden, fieles entregados a la disolución, ya sin una regla de vida, son indicio de la pereza y la torpeza del párroco. Todo esto, en nosotros, hermanos, es un pecado gravísimo, mortal, aunque pueda ser excusable en aquellos sobre cuyas espaldas no pesa este ministerio. Que ellos escuchan esta exhortación del Espíritu del Señor: «*¿Hasta cuando, perezoso, estarás durmiendo? ¿Cuándo te despertarás del sueño?*» (Prov. 6, 9). Los santos pastores de quienes habla el Evangelio de hoy no se comportaron así: ellos «*hacían guardia de noche*». Por eso el Señor los ha honrado con tanto honor y los ha iluminado con una luz tan elevada: pues Dios es la luz de aquellos que velan en su ministerio. Cada uno de nosotros debe ser vigilante en la espera del juicio; que diga: Debo rendir cuenta de estas

almas. El Señor me las ha confiado, no se cuándo «*el Hijo del hombre vendrá*» (Luc. 12, 40) para pedirme las cuentas. Por eso estaré siempre dispuesto, para que «*cuando venga y llame, enseguida le abra la puerta*» (cfr. Luc. 12, 36). Hay todavía otro gravísimo sueño: el no esperar al Señor cada hora y cada momento. Él mismo nos indica con qué preparación se le debe esperar: «*Estad preparados, con los lomos ceñidos y encendidas las lámparas*» (Luc. 12, 35). Tiene los lomos ceñidos quien no está ocupado en preocupaciones mundanas, sino que se mantiene libre y desatado de ellas. Las lámparas encendidas son la inocencia de la vida y las obras acordes con lo que es enseñado. ¡De qué levadura debe ser la vida, la conversación honesta, los gestos y las palabras de los sacerdotes! Aquellos que tienen el cuidado de las almas y han sido establecidos como ejemplo para el pueblo confiado a ellos, y a cuyo ejemplo muchos conforman su vida, ¡cómo deben mucho más que otros resplandecer y brillar por sus obras perfectas!

¡Con cuánto cuidado es necesario huir de las maneras mundanas y la excesiva familiaridad, siempre perjudicial para quienes pertenecen al estado clerical. Por esto se dejan arrastrar a comilonas y banquetes; se hacen cada vez más dignos de desprecio, acabando por ser incluso peores que la gente del mundo, contagiándose de su forma de ser: «*se mezclan con los pueblos y aprender sus obras*» (Sal. 106, 35). Pero si el sacerdote y el párroco, que es como el ojo de su parroquia, está sumergido en las tinieblas, ¿en qué condiciones estará toda la casa (Cfr. Mt. 6, 23; Luc. 11, 34)? ¿Si la sal se vuelve sosa, con qué se le dará sabor (cfr. Mt. 5, 13)? Si aquel que debe poner sólidas bases, erudición, luces, indicaciones, está afectado por gravísimos males, ¿cómo será posible prestar cuidado a los parroquianos?

Aquellos que velan en la espera evitan este sueño y el Señor los recompensa en la alegría. Mientras los pastores velaban, «*la gloria del Señor los envolvió con su luz*» (Luc. 2, 9); oyeron el anuncio del ángel que proclamaba

el nacimiento de Cristo, y a continuación pudieron verlo en persona. También el párroco que es vigilante puede ver a un pecador cambiar de vida, gracias a su ejemplo y a su empeño; a otro que anula contratos ilícitos; también a otros que vuelven a acercarse con frecuencia a los sacramentos. En todos estos ve a Cristo que nace, se llena de estupor y de gozo.

Los pastores se dirigieron apresuradamente al pesebre y vieron la señal que el ángel les había indicado: «*un niño envuelto en pañales, que yace en un pesebre*» (Ibidem, v. 12). ¿Qué habríamos visto, si con ellos nos hubiéramos acercado al pesebre en los días pasados? Un Dios hecho hombre, en el corazón del invierno y de la noche, en el frío y en el hielo, nacido en un establo, «*porque no había lugar para ellos en la posada*» (Ibidem, v. 7), acostado entre dos animales, sobre el heno, sufriendo, temblando, gimiendo. ¿Acaso el niño Jesús no sufrió todo esto por las almas? ¿Y nosotros, pues, podremos rehusar el gastar las energías, fatigarnos, sufrir, soportar un poco de pobreza por las mismas?

El sumo sacerdote sobre el pectoral tenía escritos, con oro y piedras preciosas, los nombres de los hijos de Israel (cfr. Ex. 28, 15 ss.). Esto es figura de Cristo, supremo sacerdote y pontífice, que ha grabado sobre su corazón las almas de todos, extremadamentepreciadas para Él. El ejemplo de Cristo nos enseña a considerar de inmenso valor ante nuestros ojos las almas confiadas a nosotros. Para salvarlas el Hijo de Dios ha derramado toda su sangre: ¿y nosotros consideraremos cosa de poca monta aunque sea una sola de ellas? ¿Nos será posible ver al pueblo completamente bañado por la preciosísima sangre de Cristo, sin sentirnos dispuestos, si es necesario, a dar nuestra vida por ello? ¿No daremos nuestro magisterio, no aconsejaremos, no daremos instrucciones, no guardaremos las almas redimidas a tan caro precio? Quisiera, hermanos, que, al inicio de este nuevo año, pusieramos este fundamento. Hace dos días el Señor Jesús en la Circuncisión comenzó a derramar precozmente su sangre por las almas; ¿perma-

neceremos nosotros ociosos e inertes? ¿No deberemos darnos a nosotros mismos sin ningún límite, por el hecho de que los misterios de Cristo que hemos contemplado nos estimulan e incitan?

Después de haber visto a Cristo, los pastores volvieron a su casa, llenos de estupor y alegría, «*alabando y glorificando a Dios*» (Luc. 2, 20). ¡Qué consuelo sentirá el sacerdote, al término de su vida, al ver presentadas ante Dios a numerosas almas por mérito de lo que él ha realizado! ¡Con cuánta tranquilidad de conciencia podrá decir que ha conquistado para Cristo tal alma; que ha apartado de una situación de concubinato a otra; que ha apartado a otra de contratos ilícitos! Son sus victorias: «*había muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado*» (Luc. 15, 24). Santiago afirma: «*Hermanos míos, si uno de vosotros se aleja de la verdad y otro logra reconducirlo, sepa que quien convierte a un pecador de su errado camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá una multitud de pecados*» (Sant. 5, 19). Job hace notar el ánimo grato de los pobres que él vestía: «*Si vi al miserable sin vestidos, y al pobre sin ropas, y no me bendijeron sus carnes y no se calentaron con el vellón de mis corderos*» (Job. 31, 19-20). Así pues, si sólo los costados y el cuerpo de los pobres, notando que son cubiertos y calentados por los vestidos de esta santa persona, parecen bendecirlo y darle gracias no tanto con palabras sino con su mismo bienestar, ¡cuánto más las almas salvadas del pecado darán las gracias a los buenos sacerdotes!: estaban desnudos y por su interés, por su cuidado, se han revestido de gracias y se han calentado al fuego de la caridad. No hay otra consolación que pueda ser comparada a ésta.

Acordáos por eso, hermanos, que esta es nuestra primera tarea: digo nuestra, porque de él nadie está excluído. Es mío y de los párrocos, de los que oyen las confesiones y de los que predicán. Por eso todos nosotros debemos estar vigilantes. El cuidado pastoral es como un tipo de caza. Los Apóstoles eran cazadores: cazadores fueron los que les sucedieron y sus colaboradores. El Señor, por

boca del profeta, les decía: «*Enviaré a numerosos cazadores que les darán caza en cada monte, en cada monte y en las cavernas de las rocas*» (Jer. 16, 16). Para la caza generalmente se usan dos tipos de perros de caza: unos se mandan al bosque para espantar a las presas, para obligarla a salir a descubierto y ponerla en fuga; los otros sirven para perseguir y cazar a las presas que huyen. En la caza espiritual, los predicadores mueven a los pecadores, amenazándoles con las penas del infierno, mostrando la fealdad del pecado, infundiendo el temor de Dios. Una vez que el pecador está lleno de este temor y piensa consigo mismo: ¡En qué situación de peligro espiritual me encuentro! Si muriera, sería de inmediato arrojado a las penas eternas para ser atormentado por el fuego inextinguible!, se dirige al confesor y se convierte inmediatamente en presa de Cristo. Le abre su conciencia, revela sus pecados, pregunta cuáles son los medios, y mediante los consejos, las exhortaciones, los mandatos saludables del sabio sacerdote, se prepara a Cristo un plato de caza.

Aquí estáis presentes todos vosotros que sois como las fuerzas esenciales de la vida espiritual del pueblo. ¡Incitémonos mutuamente y encendámonos de celo al inicio de este nuevo año! Decidamos firmemente ser siervos de Dios, no llamados a la tranquilidad y al descanso, sino a la fatiga apostólica. Reconozcamos nuestra llamada (cfr. 1 Cor. 1, 26), qué es lo que conlleva el celo por las almas; abracemos seriamente este encargo tan gravoso. Tratemos de ser útiles a las almas con las palabras, con el ejemplo, las exhortaciones, los mandamientos, gobernando y dirigiendo la Iglesia con rectitud. Que el pueblo sea incitado a una vida correcta, no sólo porque no ve acciones malas en nosotros, sino porque reconoce la dignidad sacerdotal en cada gesto nuestro y la modestia que caracteriza a toda acción exterior nuestra. ¡Que pueda ver que nuestro ministerio es agradable a Dios; que sirvamos dignamente al altar; que amemos el decoro y la belleza de la iglesia, casa de Dios; que conservemos limpio y pulcro todo lo que sirve al culto sagrado. Hermanos, volveremos a visitar,

sin previo aviso, vuestras iglesias, los altares y las sacristías. Llegaremos cuando menos lo penséis. Haced de modo que no tengamos que imponer duras sanciones. En los meses pasados no hemos podido realizar esta tarea, como bien sabéis, porque hemos obedecido al santísimo Vicario de Cristo que nos había encargado visitar la Retia. Pero, de ahora en adelante hasta la solemnidad del sacratísimo Cuerpo de Cristo, nos presentaremos con mucha más frecuencia. Entretanto, anotad todo lo que consideréis oportuno darnos a conocer cuando vengamos, sobre todo con relación a aquellos que en los festines se entregan a gastos desmesurados o se dedican completamente a la diversión en estos tiempos de carnaval: que no circulen por la ciudad hombres enmascarados, durante los domingos y los días de fiesta. Ocupaos de la familiaridad de los creyentes en la casa de Dios; que los hombres y las mujeres recen separadamente en las iglesias; que las mujeres no entren sino con la cabeza cubierta. Tened cuidado de los que pertenecen al estado clerical que están a vuestro servicio: que no deambulen ociosamente por la ciudad. Si en cualquier cosa tenéis necesidad de nuestra ayuda, hacedlo saber.

Que el martes de la próxima semana cada párroco nos traiga los libros parroquiales del año 1583, en los que deben estar anotados distintamente los bautizados, los confirmados, los difuntos, y los que han contraído matrimonio.

Por último: vivid de modo que podáis rendir cuentas al Señor con alegría de vosotros mismos y de vuestros parroquianos. Amén.

DOMINGO
DURANTE LA OCTAVA DE LA EPIFANIA

**Homilía sobre el capítulo II del Evangelio
según Lucas**

«Cuando Jesús tuvo doce años»

**Pronunciada en la basílica metropolitana
en Milán**

8 de enero de 1584

Amadísimos hijos, hemos visto a muchos personajes de variado tipo dar testimonio de Cristo, nuestro Salvador que ha nacido: los Angeles lo habían anunciado a los pastores; una nueva estrella, apareciendo a los reyes Magos, los había conducido desde el oriente al pesebre; poco después el santísimo Simeón, lleno del Espíritu Santo, teniendo entre sus brazos al Divino Infante, había exclamado: *«Ahora, Señor, deja que tu siervo vaya en paz según tu palabra porque mis ojos han visto tu salvación, preparada por Ti ante todos los pueblos»* (Luc. 2, 29-30). Y Jesús, el Redentor, ¿estará siempre en silencio mientras todos hablan de Él? ¿Soportará estar siempre escondido Él a quien toda criatura venera con testimonios tan excelso? Vosotros que me escucháis, sabed que no es así. Una vez llegado el tiempo establecido, mostrará el esplendor de su divinidad con aquellos rayos que son la predicación, las obras y los milagros. ¡Qué espectáculo dará de sí mismo sobre la Cruz; qué abertura descubrirá en su pecho, para que los hombres puedan penetrar en los más íntimos secretos de su corazón! Él ha reservado su manifes-

tación para aquel tiempo tan deseado por Él en el que dijo: «*He deseado ardientemente comer esta Pascua con vosotros*» (Idem, 22, 15); iba a comenzar el tiempo de su Pasión: «*Hay un Bautismo que debo recibir; y que angustia siento hasta que se cumpla*» (Idem, 12, 50). Era como si dijera: ¿Por qué angustias estoy atormentado, por qué sufro así? Pero, buen Jesús, estos tiempos son todavía muy lejanos! Tú has venido al mundo como la luz verdadera que ilumina a todo hombre, te mantendrás escondido hasta los treinta años y ¿soportarás que tan grandes tinieblas envuelvan a tus hermanos, con los que te has querido encontrar? ¡Estad alegres, hijos de los hombres! Él desea revelarse con más entusiasmo que cuanto vosotros anhelaís conocerlo. Arde en amor por vosotros: le habéis arrebatado el corazón con una sola de vuestras miradas (Cant. 4, 9); vuestras miserias y vuestras desgracias han herido su alma y no permitirá que no lo conozcáis por tan largo tiempo. Así pues, hoy, todavía niño, «*cuando tuvo doce años*» (Luc. 2, 42), comenzó a manifestar progresivamente su divinidad a los hombres, estando sentado en el Templo con los Doctores de la Ley, escuchándoles y preguntándoles, de uno en uno: y todos «*estaban llenos de estupor ante su inteligencia y sus respuestas*» (Ibidem 2, 47). Es verdaderamente luminoso el relato que se hace en el Evangelio de hoy y que la Santa Madre Iglesia nos propone a la reflexión. Hemos considerado que algunos rasgos de él, bien meditados, son extremadamente útiles para ordenar nuestra vida.

Cristo era el verdadero sol de justicia, queridísimos hermanos; no podía suceder que él no brillase para el mundo entero. Pero, como el sol que vemos, antes de mostrar completamente sus rayos, y difundirlos sobre toda la tierra, hace preceder la aurora, a la que poco a poco sustituye resplandeciendo cada vez más, hasta que brilla es todo su esplendor cuando llega a su ápice, así el Hijo de Dios, antes del tiempo de su plenitud, en el que mostraría su divinidad e inconmensurable amor por nosotros, hoy ha comenzado a resplandecer en su infancia

—considero— como en una aurora. El Evangelista Lucas dice: «*Cuando tuvo doce años*», y estas son palabras ricas de puntos de reflexión para la contemplación y para la vida. Lucas había narrado, poco antes, que los padres de Jesús tenían la costumbre de dirigirse cada año a Jerusalén en la Fiesta de Pascua; aquí añade: «*Partieron de nuevo según la costumbre*» (Ibidem, 2, 41-42). Esta es la primera enseñanza: con qué solícita y decidida diligencia han de guardarse las costumbres piadosas y loables, las tradiciones religiosas que han sido recibidas y confirmadas por un largo uso. Para vosotros, padres, es un deber preciso pasarlas a vuestros hijos, enseñarles estas tradiciones, sugerirles los usos y las costumbres de la Iglesia, e incitarles a su observancia. No es necesario que vayáis a indagar sobre su origen: por qué tal día se hace tal Súplica, por qué en determinados tiempos hay algunas ceremonias, por qué se practican algunos ayunos; con toda simplicidad se os pide que de modo particular guardéis las costumbres, como hacían los padres de Jesús: la fuerza de estos usos es tal que el Apóstol Pablo, mientras ordena que las mujeres permanezcan en la iglesia con la cabeza cubierta, puede afirmar, sin apoyarse en otra argumentación: «*Nosotros no tenemos esta costumbre*» (1 Cor. 11, 16). También ahora se conservan usos y con fuerte convicción: pero ¡ay! ¿cuáles son? Los que el demonio ha introducido y ha hecho llegar hasta estos tiempos. Entre los cristianos hay todavía fiestas paganas, como por ejemplo el Carnaval, que estaremos obligados a ver y a sentir estos días, con sumo dolor y desagrado. Los hombres, saltando como cabritillas, van y vienen por la ciudad; ofenden a Dios de mil modos; manchan dolorosamente sus almas, dando no sólo a sus conciencias sino también a la impresión externa la imagen de tremendos fantasmas y rasgos endemoniados. No se conservaban así las costumbres santas y dignas de alabanza de la Iglesia primitiva: la de comulgar a diario, la de profesar simplemente la fe de Cristo, la de frecuentar asiduamente las iglesias, y todas las demás tradiciones de este tipo.

Cada año todos debían dirigirse tres veces al Templo, excepción hecha de aquellos que, a causa de la excesiva distancia, eran obligados a hacerlo una sola vez. Pero ¿Dios no está en todas partes? ¿No llena Él el cielo y la tierra? ¿No hay que adorarlo en todo lugar y no es posible dirigirle las oraciones en todas partes? Ciertamente. Pero el lugar más indicado e idóneo para la oración es la iglesia, de la que se dice: «*Mi casa será llamada casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones*» (Mt. 21, 13). La oración que es elevada en los lugares dedicados a ello tiene mayor eficacia, una energía escondida. ¡Qué fuerza emana de aquellas numerosas bendiciones, consagraciones, aspersiones con las que las iglesias son consagradas y destinadas a la oración!

Además la caridad y el fervor de aquellos que rezan es acrecentada por el hecho de ser muchos los que rezan en la iglesia, movidos por la propia devoción y por los ejemplos de piedad, de modo que se convierte en un estímulo recíproco para la vida de fe. Esta oración común y unánime tiene una gran fuerza ante Dios, habiendo prometido Él que estaría presente allí donde dos o tres se hayan reunido en su nombre (Cfr. Mt. 18, 20); y además ha prometido atender aquí en la tierra la oración de dos que estén de acuerdo en pedir alguna cosa (Ibidem 18, 19). Después que Salomón fundó aquella casa del Señor, a la que vemos dirigirse, en el Evangelio de hoy, a los padres de Jesús, el famoso Templo de Jerusalén, suplicó por largo tiempo al Señor con una oración maravillosa: «*Estén abiertos tus ojos, de noche y de día, sobre esta casa. Todos los que oren en este lugar, sean escuchados desde el lugar de tu morada*» (1 Re 8, 29-30), y todas las otras palabras que siguen: oraba por los hijos de Israel y por los extrajeros que llegaran allí para obtener la ayuda de Dios frente a los enemigos, a la penuria, al hambre y la sequía. Pero ¡cuánto más fácilmente podrán obtener todo cuanto desean aquellos que se acerquen a este verdadero Templo, a esta sagrada mansión de Dios para rezar! Aquí no están depositadas las tablas de piedra de la Ley, ni los Pa-

nes de la Proposición, ni el bastón de Arón, ni el Arca de la Alianza; sin embargo, sobre el trono de su Majestad, aquí está asentado en el santo Altar, el Hijo de Dios mismo, Dios y hombre, rodeado de innumerables millares de ángeles. Aquí está aquel Pan que ha bajado del cielo, el portador de la ley evangélica, escrita por Él no sobre tablas de madera o de piedra, sino «*sobre tablas de carne de vuestros corazones*» (2 Cor. 3, 3); aquí habita aquella planta que floreció en el seno de la Virgen; aquí, en fin, vive el arca de la divinidad y el tesoro de toda gracia. ¿Quién podría no percibir los rayos salvadores que, emanando del altar, iluminan su mente y calientan su corazón, mientras se encuentra en la iglesia rezando? En el Antiguo Testamento la Iglesia de Dios era llamada «Propiciatorio»; pero el verdadero propiciatorio es nuestra iglesia en la que habita aquel «*que perdona todas tus culpas, cura todas tus enfermedades*» (Sal. 103, 3), al que debemos aproximarnos con la mayor fe y esperanza. Esta es pues la razón por la que es preferible rezar en la iglesia que en otro lugar; tal es el mandamiento del Señor, aunque Él esté en todas partes: el dirigírnos a su santo templo cuando hayamos decidido dedicarnos a la oración. Pero, si por una parte es cosa buena que los cristianos estén ligados más a una u otra iglesia, sin embargo deben sentirse más aficionados a sus iglesias madres, a sus catedrales, a sus iglesias parroquiales y frecuentarlas más que las otras: esto está prescrito por los antiguos decretos de los sagrados cánones, por los que está sancionado que, durante la celebración de la Misa, se proclame en voz alta que aquellos que no pertenecen a aquella parroquia, se dirijan a la suya propia. En las propias iglesias parroquiales, por mandato de los Obispos, los párrocos enseñan todo lo que se refiere a la vida espiritual, qué súplicas se deben hacer, qué matrimonios se han de celebrar, qué formas de sufragio se han de ofrecer por los difuntos, cuáles son los días de fiesta que hay que pasar piadosamente. Aquellos que no frecuentan sus iglesias se hacen progresivamente ignorantes en el campo espiritual: acaban por no saber lo

que sería muy oportuno que conocieran, lo que por el contrario deberían tener en gran consideración. Y no digas, cristiano: Aunque no vaya a Vísperas, no cometo pecado; desde el momento en que, de este modo, se introduce en el ánimo un dañoso olvido de las cosas de Dios y el corazón de estos hombres se convierte como en «*una tierra olvidada*» (Sal. 88, 13) hay que dolerse. Un sendero que no es recorrido a menudo se hace fácilmente impracticable; el campo que no es cultivado con asiduidad y cuidado poco después se llena de ortigas, espinas y cardos. Lo mismo sucede a aquellas almas que raramente se acercan a la iglesia: en ella son hechas progresar mediante las santas ceremonias, los cantos sagrados y la recitación de los Salmos. Todas estas cosas tienen gran eficacia en las mentes más disponibles, como de sí mismo atestigua el doctor de la Iglesia Agustín, Obispo santísimo: haber llegado a llorar, a veces, y después creer y tener devoción sobre todo por lo que veía hacer y oía cantar en la iglesia. La debilidad humana encuentra una gran ayuda en estas ceremonias exteriores: por medio de ellas es poco a poco educada al gusto y a la comprensión de las cosas del cielo. Esto se comprueba también en las realidades terrenas: en efecto, las decoraciones en las casas de los reyes, la abundancia de tapices, los tejidos bordados con espléndidas piedras, la vajilla de plata y de oro provocan sumo temor y respeto hacia aquellos mismos reyes que por otra parte podrían parecer despreciables.

Para decir la verdad, la ley prescribía que sólo los hombres estuvieran obligados a dirigirse a Jerusalén para las festividades; el Señor hacía de este modo comprender qué inoportuno sería que las mujeres viajaran, estuvieran muy a menudo en lugares públicos, o fueran para arriba y para abajo por las calles, sino para procurar honor a Dios, o para subir a Jerusalén por el bien de sus almas: haciendo todo esto no hay necesidad de ninguna demora. Así pues las mujeres no tenían que dirigirse al Templo. Me pregunto: ¿qué dirías, pues tú, Moisés, escriba santísimo, si vieras ahora a las mujeres de nuestro tiempo ir y

venir cada día por las calles públicas y por las plazas; pecar allí o atraer a otra gente al pecado, y lanzar redes a las almas a cada esquina? No es esto de lo que escribía para vosotros nuestro Padre San Ambrosio: decía que vuestro deber era permanecer sólo en casa o en la iglesia e ir por las calles sólo por necesidad apremiante. No os lo ha enseñado así la Santa Madre de Dios, la Virgen, mujer como vosotras, que es maestra e intercede por todos los hombres: ella, dirigiéndose a casa de su pariente Isabel por mandato divino, para prestarle la ayuda necesaria durante el embarazo, se iba «*a prisa*» (Luc. 1, 39).

Así pues, la misma Virgen no estaba obligada a dirigirse, según la ley, a Jerusalén con ocasión de la fiesta: se le dejaba la libertad de actuar como considerara oportuno; permaneciendo en casa, o bien poniéndose en camino junto a su esposo; ¿por qué pues ella decidió acompañarlo en su peregrinaje? Oh hombres infelices que no hacéis nada si no estáis obligados por necesidad o por miedo de cometer un pecado grave a causa de vuestras omisiones. Aprended de la Virgen cuánto ama Dios a aquellos que dan con alegría y magnanimidad (Cfr. 2 Cor. 9, 7). ¡Qué digna de lástima es vuestra frialdad! Tú, desgraciado mortal, ¿te atreves a tratar duramente con Dios? Dices que no estás obligado, sino sólo una vez al año, a recibir los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, que no tienes obligación de realizar esta o aquella obra buena. Como no estás obligado por un mandato preciso de Dios o de la Iglesia ¿eres perezoso para dedicarte a una vida de devoción? ¡Ay de ti si el Señor decidiera juzgarte con el metro de su sola justicia! Además, ¿qué ley o derecho lo mueve a perdonarte a ti, que tantas veces pecas, o a esperarte tanto tiempo hasta que te arrepientas? Un esclavo que no hace nada sino bajo el mandato de su amo, no puede serle agradable. Debemos servir a Dios con un corazón grande, porque Él merece de nosotros más devoción que cuanta nosotros podamos tributarle: Él es con nosotros tan generoso y, me atrevería a decir, derrochador. El Señor no había ordenado a David que le edificara

una casa, pero lo deseaba ardientemente (cfr. 2 Sam. 7). El que es verdaderamente celoso del honor de Dios no mide o sopesa las cosas con ánimo mezquino o vil; sino que cuando ha realizado todo lo que podía decir, hacer o inventar, declara: «*Somos siervos inútiles. Solo hemos hecho cuanto debíamos hacer*» (Luc. 17, 10).

José y María subían al Templo, pues y llevaban con ellos a su hijo dulcísimo, el Señor Jesús. El primer deber de los padres y de las madres es precisamente éste: llevar consigo a los hijos a la iglesia, no permitir que anden dando vueltas por las plazas. No me digáis que vuestro hijo es todavía demasiado pequeño e incapaz de comprender lo que es enseñado y predicado en la iglesia. Esto no importa: en cambio no es poco el beneficio que se deriva de ello si permanece en la iglesia, porque de otro modo acabaría por mantener conversaciones inútiles con aquellos que son contrarios a las realidades del espíritu. No debe ser una excusa el hecho de que todavía no ha salido de su infancia: en efecto debes prestar todavía más atención, porque su edad es tierna, para que como una plantita pueda crecer bien a lo alto, y tome esta buena costumbre casi bebiéndola con la leche materna, si fuera posible! Aunque el niño no sea capaz de comprender lo que se dice en la iglesia, sin embargo adquiere la costumbre de frecuentar la iglesia, se reviste de esta costumbre como un vestido, y conservándola, cuando crezca, observará los mandamientos más prontamente y con mayor facilidad. Conseguir este resultado, hermanos, no es poca cosa.

Pero ¿por qué el Señor Jesús se dirigió al Templo precisamente a la edad de doce años y no antes, o a una edad más avanzada? Nuestro Salvador quería revelarse al mundo: para hacerlo eligió una edad adecuada. Nuestro Señor estaba ya lleno de sabiduría y gracia desde el momento de su concepción y estaba en posesión del uso de la razón. Pero como la mayor parte de los niños adquieren la capacidad del uso de la razón en torno a los doce años (cosa que Cristo poseía ya desde hacía mucho tiempo antes, de

manera abundante) comenzó a manifestarla en el momento en que, normalmente, se revela en los otros. En esto nos enseña que cualquier cristiano, apenas llega a sus años de la adolescencia, está obligado a reconocer a Dios ya con el primer acto personal que vaya a cumplir. Si no debieramos hacer así, incurriríamos en una grave culpa, de manera que si llegara la muerte, seríamos condenados a las penas del infierno.

Pero ¡qué pocos son los padres que se esfuerzan por enseñar todo esto a sus propios hijos! ¿Nuestra vida debe estar sin un sentido? Si una estatua o una vasija de barro pudieran hablar, una vez llegadas a la elegancia de su forma, tratarían de dar gracias y recompensar a su pintor o a su escultor que los ha producido; ¿no es pues justo que el hombre, criatura tan noble, creada de la nada a imagen de Dios, se oriente hacia su Creador, le de las gracias por tantos dones de Él recibidos, cuando en él resplandece más claramente la luz de la razón? Y aunque no se haya alcanzado el pleno uso de la razón el hombre puede igualmente dar gloria a Dios con sus afectos, con las buenas obras, la religiosidad y la devoción del ánimo.

PARTE SEGUNDA

Antes de proseguir en nuestra meditación, como ya conocéis que es conveniente para vosotros frecuentar asiduamente la iglesia, queremos también que no ignoréis lo que fue siempre grato al Señor y que está incluido en las antiguas usanzas: que quienes se dirigen a la iglesia hagan alguna ofrenda de los bienes que poseen y así testimonien públicamente que Dios es Señor de todo. En efecto, ha dado un mandamiento: «*Que ninguno venga ante mí, con las manos vacías*» (Ex. 34, 20). Él no tiene necesidad de lo que poseemos, pero en su infinita bondad nos concede una ocasión de ser merecedores a sus ojos, aunque todo lo

que tenemos es ya suyo. Por eso hemos decidido que en las iglesias se renueve la antigua y santísima costumbre de hacer ofrendas. Cada uno de vosotros, al dirigirse en lo sucesivo, a su iglesia parroquial para la Santa Misa, hará pues su ofrenda; quien sea rico dará mucho; en cambio quien sea pobre, lo que le sea posible. Dará testimonio así de que él y todas sus cosas están sometidas a la majestad de Dios.

El Señor Jesús se dirigió a la solemnidad que duraba siete días junto a su madre y José: vinieron desde lejos, sin desanimarse por la distancia del camino, su dificultad y sus peligros. ¡Qué reproche con esto a nuestra frialdad o tibieza en el campo del espíritu! El divino niño, pequeño y frágil, camina desde lejanos confines de Galilea hasta Jerusalén. José no quería dirigirse a Judea por miedo a Arquelao, hijo de aquel Herodes que había tratado de matar a Cristo cuando estaba todavía entre pañales; y, sin embargo, en esta circunstancia, no tuvo ningún temor o miedo: fueron olvidados todos los peligros.

En las realidades que se refieren al honor de Dios es necesario incluso soportar alguna incomodidad. Cuando se trata de la salvación del alma no hay peligros que temer; las iglesias no se deben abandonar por un poco de calor o de bochorno, ni por un golpe de viento! No se debe descuidar la predicación, faltar a las Escuelas de la Doctrina Cristiana. Cuando hay el propósito de honrar a Dios, cuando existe la afortunada ocasión de hacer el bien a las almas, no se debe temer ningún peligro al que no estemos dispuestos a exponernos con ánimo alegre y sereno: hay que intentarlo todo, con gusto y diligencia.

«*Pasados los días de la fiesta, mientras reprendían el camino de regreso...*» (Luc. 2, 43). Permanecieron siete días completos, cuanto duraba la celebración de la fiesta. ¿Qué cristianos son los que acusan las celebraciones litúrgicas de ser demasiado largas, que se alejan de la Iglesia y de la predicación diciendo que se ha hecho tarde? Ciertamente no han aprendido de Cristo, o de la Virgen, o de José: a quienes aman a Dios, lo que se refiere a su culto

no les puede parecer ni ser largo. No puedo callar una cosa, por la que deberemos sufrir confusión: en aquellas regiones que están detrás de las montañas (a las que nos hemos dirigido en los días pasados, para obedecer al mandato del santísimo Vicario de Cristo) los habitantes sufren por una grave escasez de sacerdotes; aunque en los días festivos, en muchos lugares hay sólo una celebración, no se atreven a sentarse a la mesa, sino sólo después de haber cantado la Misa en sus iglesias. En esta ciudad se canta la Misa por todas partes, en tantos conventos, en templos dirigidos por sacerdotes, en las parroquias: y sin embargo, la mayoría, apenas despertados del sueño, se apresura a ir a alguna misa privada para poder tener tiempo después para ir a comer o a banquetear. Supongamos incluso que las funciones sean demasiado largas y que se deba permanecer durante horas en la iglesia para las celebraciones; ¿acaso no es del Señor todo el día de fiesta? ¿acaso no debe emplearse todo él para las cosas del espíritu, así como todos los otros días de la semana son empleados en los asuntos terrenales? Además, todas las actividades serviles como vender, comprar, comerciar están prohibidas en los días de fiesta; no porque por si mismas sean intrínsecamente malas o condenables, sino porque los días sagrados no se deben violar con estos trabajos; deben ser consagrados a Dios y llenados de obras piadosas. «*Mientras emprendían el camino de retorno, el niño Jesús permaneció en Jerusalén, sin que los padres se dieran cuenta*» (Luc. 2, 43). Se diría que tenían poco cuidado de un hijo así, ya que los padres no se dieron cuenta de haberlo perdido. La culpa, sin embargo, no puede ser imputada a ninguno de los dos. Por la ley estaba prescrito que, al entrar en el Templo, los hombres y las mujeres no permanecieran juntos, sino que éstos entraran separadamente de ellas. En este punto se era más tolerante con los niños y los pequeños: podían permanecer con el padre o con la madre, libremente. Por ello José pensaba que estaba con María, y María con José, su esposo. Pero cuando se encontraron juntos, Jesús no fue hallado. ¡Qué inmen-

so dolor fue entonces el de María! Sabía que este hijo era Dios, Hijo de Dios; temía que tal culpa la hiciera indigna de tal hijo. Es propio de una conciencia delicada sentirse culpable aunque no se sea. Pasados tres días, encontró a quien había buscado por todas partes inútilmente. Hay un misterio escondido en el hecho de que pasaran tres días: fue como una prefiguración de aquel triduo durísimo durante el cual tu hijo, Madre Santísima, permaneció en el sepulcro, alejado de tu mirada.

Este dolor fue un anuncio de aquella atrocísima espada que traspasaría tu alma. La viveza del dolor fue vencida al final por la subsiguiente alegría y gozo de María, cuando finalmente encontró a aquel hijo que había buscado llorando. ¿Quién puede imaginarse los abrazos y los besos en que prorrumpió alegremente la Madre de Dios? El llanto y la alegría mezclados interrumpían sus palabras; se decía: Hijo mío dulcísimo, mi vida, mi esperanza, mi corazón, todo mi bien, ahora *«también puedo morir después de haber visto tu rostro»* (Gen. 46, 30); te suplico que no me disgustes de nuevo con un dolor tan grande, no atraveses todavía mi pecho con tus espadas; no podría continuar viviendo si tuviera que soportar otra dolorosa angustia del alma. Y sin embargo soportarás dolores mucho más grandes, oh Madre bendita, y seguirás viviendo; pero la vida te será mil veces más amarga que la muerte. Verás entregado a manos de pecadores a tu hijo inocente: lo verás reducido a tal estado que te parecerá ver un oprobio y no un hombre, porque *«no tiene apariencia ni belleza»* (Is. 53, 2). Lo verás brutalmente crucificado en el patíbulo de la cruz, entre los ladrones; verás su santo costado traspasado por el cruel golpe de lanza; verás finalmente derramar la sangre que tú le has dado. Y sin embargo ¡no podrás morir! ¡Qué dolores, qué sufrimientos te aguardan para ese tiempo!

Por fin María, afligida, sufriendo, llena de dolor encontró a su amantísimo hijo. Pero ¿dónde? ¿Quizá en el mismo lugar donde acualmente las madres pueden encontrar a sus hijos: por la calle, en las plazas, en los luga-

res públicos? Evidentemente no, sino *«en el Templo, sentado en medio de los Doctores, mientras les escuchaba y les preguntaba»* (Luc. 2, 46). Donde se trataba del culto divino, allí estaba Cristo. Oh jóvenes, el Hijo de Dios os enseña dónde debéis permanecer, dónde habéis de estar en compañía de vuestros amigos, con qué intereses debéis ocupar vuestros primeros años y emplear vuestra floreciente juventud.

«Y todos los que le oían estaban llenos de estupor ante su inteligencia y sus respuestas» (Ibidem 2, 47). En Cristo debía brillar inmensamente su divinidad, desde el momento en que los soberbios y arrogantes Fariseos se maravillaban: no sólo estaban admirados, sino *«estupefactos»*.

«Su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo angustiados te buscábamos» (Ibidem, 2, 48). Jesús no es reprendido, sino que con devoto afecto la Madre bendita expone a su hijo con voz apenada lo profundo de su dolor; como preguntándose si había faltado en algo ante él para poder evitarlo en el futuro, fuera lo que fuera.

«Y Él respondió: ¿Por qué me buscáis? ¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?» (Ibidem, 2, 49). Hijos, donde se trata de reverenciar y servir a Dios, no prevalecen los lazos humanos de parentesco; pasan a segundo plano el padre, la madre y todos los parientes: *«hay que obedecer a Dios antes que a los hombres»* (Act. 5, 29). S. Bernardo dice que un hijo debe pasar incluso por encima de su propio padre en el umbral de la puerta de casa. Si Dios te llama a un estado de vida más perfecto, aunque el padre y la madre traten de revocar tu decisión, que Dios prevalezca y supere. La respuesta de Jesús es un válido escudo contra todo lo que por cualquier motivo pueda apartarnos de las cosas de Dios y del espíritu. *¿Una hija quiere entrar en un monasterio y consagrar a Dios su virginidad, mientras la madre se opone? Que la hija diga: «¿Qué tengo que ver contigo (Jn. 2, 4), madre? ¿No sabes «que tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre?»*. Uno tiene la intención de recibir al

día siguiente o al otro día, la santísima Eucaristía, o realizar alguna obra pía, pero ¿muchas cosas se oponen? Que las deje de lado y las aparte de él, para que el primer lugar sea reservado sólo a Dios. «*Partió pues con ellos y volvió a Nazareth y estaba sometido a ellos*» (Luc. 2, 51). Hijos, si obedecéis a Dios, debéis obedecer también a los padres. Si una muchacha recibe a menudo el alimento eucarístico y se hace agradable a Dios con sus obras llenas de religiosidad y bondad, no por esto debe ensoberberse; cuando está en casa que aprenda qué actitud debe tener con sus propios padres y prestarse también a los trabajos más humildes. Es necesario que sea ejemplo también para sus hermanas y para todos los que están en la casa. El Hijo de Dios, Cristo, estaba sometido al Carpintero. En este punto mira si te enorgulleces y tratas de librarte, si puedes, de la obediencia que debes prestar a los superiores y los padres. ¿Por qué pretextas que eres más instruido que algún otro? ¿Quién es superior: José o Cristo, «*en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento*» de Dios? (Col. 2, 3). ¿Quién es más elevado por la virtud y la santidad de vida: Cristo o José? Y, sin embargo, Cristo está sometido a José. Aprende, desgraciado a reverenciar a quien está puesto por encima de ti, aunque falte en alguna cosa. Sabe bien que el Señor lo iluminará en el momento oportuno, para cumplir bien el deber de mando que le ha impuesto. Escucha lo que dice el Sabio a este propósito: «*Hijo, socorre a tu padre en la vejez, no lo entristezcas durante su vida. Aunque perdiera el juicio, compadécete y o lo desprecies, mientras estés en tu pleno vigor*» (Eclo. 3, 14-15). Por este motivo el ángel que ordenó la huida a Egipto no se apareció a María, sino a José: ¡Y sin embargo ella era superior a él con mucho! Dios, cuando impone a alguien el peso del mando, le da siempre las ayudas necesarias para desarrollarlo bien.

Jesús, pues, «*crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres*» (Luc. 2, 52), porque se manifestaba a los hombres cada día más: no es que en él pudieran

crecer sus prerrogativas infinitas, sino que, en proporción a la edad en él crecía aquel conocimiento que deriva de la experiencia.

Todo el pasaje de este Evangelio ha sido una instrucción completa para vosotros que habéis escuchado: ha sido como un espejo para todos los padres, las madres, los hijos, los superiores y los subordinados: en él pueden fácilmente ver cómo debe ser su vida. ¿Quién entre nosotros no pudo reconocerse entre estas categorías? Aquellos que son padres y superiores, imiten a José y María; los hijos y subordinados imiten al Señor Jesús. Avanzando en el mismo camino, podamos un día llegar a donde éstos ya han llegado. Amén.

VIERNES DEL IV DOMINGO DESPUES DE PASCUA

**Homilía pronunciada en la iglesia del priorato de
Campomorto, diócesis de Milán con ocasión de la
administración de la Eucaristía a la serenísima
Dorotea de Lorena Brunswick
4 de mayo de 1584**

«Donde esté el cuerpo, allí se juntarán los águilas»
(Luc. 17, 37).

Amadísimos hijos, habiendo predicho muchas cosas a propósito del juicio universal a sus discípulos, interrogado por ellos, sobre el tiempo y el lugar en que tendrían lugar, el Señor Jesús, como solía hacer, respondió con parábolas, de este modo: *«Donde esté el cuerpo, allí se juntarán las águilas»*. Quería indicar que, como las águilas, aves nobilísimas y de vista extremadamente aguda, son capaces de volar hasta lugares lejanos para devorar los cuerpos de los que se nutren, así, en el día del último juicio, los justos se encontrarán con Cristo Señor; Él será alimento perenne para ellos en la Cena feliz y ninguna fuerza podrá jamás separarlos de Él. Si es verdad que todo esto se realiza en modo completo en los espíritus felices, ¿quién no se convencerá que es igualmente verdad para aquellos que todavía viven sobre la tierra pero son capaces de una vida según el espíritu, aunque estén todavía en su cuerpo? Como águilas saben lanzarse a lo sublime del cielo, elevándose por encima de la tierra, atentos sólo a las realidades espirituales, tratan de volar donde está el cuerpo, el alimento, Cristo; en la medida que les es

posible tratan de no separarse jamás de él por ningún motivo.

Y hoy mismo podemos comprobar cómo todo esto es verdadero. Esta serenísima duquesa, sierva diligente del sumo Rey de reyes, que es persona importante aquí sobre la tierra, pero no se deja seducir por las cosas de este mundo, como una noble águila vuela solamente en torno a las cosas del cielo: aunque su morada estuviera lejos, ha sentido la fragancia del Cuerpo santísimo del Señor Jesús; ha comprendido qué rico banquete se celebra aquí, con qué preciosos alimentos son nutridas las almas, y con qué ricos tesoros de indulgencia las almas son atraídas a ellos. Se ha apresurado a venir aquí rápidamente, porque *«donde esté el cuerpo, allí se juntarán las águilas»*. ¡Felices estas águilas, felices estos espíritus celestiales aunque hasta ahora encerrados en la cárcel del cuerpo: ante ellas es dispuesto por el Señor un alimento tal! Esta duquesa, tan estimada por el mundo, resplandece entre todos ellos. No le faltan ni una ilustre ascendencia, ni amigos poderosos, ni numerosa descendencia, ni riquezas, ni buena salud; ella posee en abundancia todo lo que los ciegos mortales soñadores consideran como la felicidad humana. Sin embargo, sin considerarse en nada superior, sin enorgullecerse, no ha despreciado este pueblecito desconocido, ni recibir la Santa Eucaristía junto al pueblo humilde. No se ha puesto a considerar cuánto es estimada en la sociedad, ni siquiera cuánto, por su rango, está por encima de esta gente humilde aquí reunida. Mujer verdaderamente sabia y noble ante el Señor, a quien la devoción profunda y la humildad rinden aún más honor que las riquezas; mujer sabia porque ha querido no anteponerse a todos aquellos que son iguales a ella por la misma naturaleza humana, y la Sangre de Cristo, la Madre Iglesia, y el mismo Reino prometido han constituido como sus iguales. No se ha puesto a sopesar la pobreza exterior de los humildes, ni la simplicidad de los dones, ni esta iglesia situada en medio del campo: ha puesto ante sus ojos solamente el honor a tributar a Dios, el culto que se le debe rendir, la riqueza

espiritual del alma, el alimento del cielo, porque «*donde está el cuerpo, allí se juntarán las águilas*».

Y aunque todas estas cosas fueran efectivamente tan míseras y despreciables, ¿deberíamos quizá considerarlas indignas de la nobleza y de la fama de esta mujer, dado que aquí está la grandeza y la nobleza de los cristianos, y sólo en Dios se tiene la justa medida de la propia dignidad? ¿Qué no estaba dispuesta a hacer por Cristo la mujer de Teodosio, la noble emperatriz Placilla? La púrpura del imperio, signo elevado de su dignidad, su enorme riqueza no la detuvieron nunca de realizar incluso los trabajos más humildes en el nombre de Dios, si puede llamarse humilde a todo lo que nosotros hacemos por inspiración divina. Los hospicios de los pobres y de los enfermos la vieron a menudo servir a los necesitados con sus propias manos, cocinar, y lavar las vasijas: hacía todos estos servicios con ánimo alegre. Pero ¡qué tiene de extraño que sirviera a los pobres y enfermos, desde el momento que, con mirada religiosa, comprendía que servía en ellos a Dios mismo. Él ha dicho: «*Cada vez que habéis hecho estas cosas a uno solo de mis hermanos más pequeños, lo habéis hecho a mí*» (Mt. 25, 40). Se gloriaba inmensamente sólo de esto; de ser imitadora de Cristo, sumo emperador del cielo y de la tierra, que había venido él mismo «*para servir y no para ser servido*» (Ibidem, 20, 28). Así pues si las consideraciones humanas habrían podido sugerir a esta mujer que no era conveniente para ella dejar sus ilustres y florecientes ciudades para dirigirse a este pueblecito agrícola, y acercarse a la Eucaristía junto al pueblo, pobre y humilde, sin embargo en este sentido ha sido guiada por el Espíritu Santo del que es rica en su devoción y sensibilísima religiosidad.

Estos pueblerinos han sido redimidos por la misma Sangre de Cristo que te ha redimido también a ti; ellos son partícipes del mismo reino celestial; también sobre ellos resplandece la luz del rostro del Señor (cfr. Sal. 4, 7); también ellos tienen un alma creada a imagen y semejanza de Dios. Ella no ha querido escuchar razones humanas

y ha rehusado las sugerencias de razonamientos frívolos: atenta al Espíritu Santo ha escuchado su voz y donde estaba el cuerpo, allí se ha dirigido esta águila.

Supongamos también que, para recibir este alimento, no hubiera habido cosas tan honrosas que cumplir. Pero ¿qué no deberemos hacer por el honor de Dios? ¿Cómo no posponer nuestra dignidad a la gloria de Dios? Nos viene a la mente aquel episodio de la vida del gran rey David, que es tan apropiado para nuestro caso. Él iba a introducir el Arca de la Alianza en su ciudad y la precedía saltando y danzando: *«Cuando David volvía para bendecir a su familia, Micol, la hija de Saul, le salió al encuentro y le dijo: ¡Qué gloria hoy para el rey de Israel haberse desnudado a los ojos de sus siervos y de sus siervas, como se desnudaría un juglar! David respondió a Micol: Lo he hecho delante del Señor que con preferencia a tu padre y a toda tu casa me eligió para hacerme jefe de su pueblo, de Israel; he bailado ante el Señor. Y aún me rebajaré más y me haré vil ante tus ojos, pero ante los ojos de las siervas de las que tú has hablado, seré honrado!»* (2 Sam. 6, 20). Así pues si un rey tan poderoso y noble no se avergonzaba comportándose así ante el Arca del Señor, ¿qué no deberemos hacer ante la verdadera Arca de la divinidad, el Hijo de Dios, para rendirle aquel honor que espera? ¿Qué honores no merecería de nosotros, qué gestos de culto y de obsequio? ¿En cuánto podríamos humillarnos para ser dignos del Señor y rey del cielo? Además, los numerosos beneficios espirituales que derivan para los fieles de esta santísima mesa, deberían movernos a acercarnos a ella con mayor convicción. ¡No es comparable la fuerza con la que el imán atrae hacia sí al hierro, con aquella con la que Cristo nos atrae hacia sí por su bondad a cada uno de nosotros. Dejando de lado otras argumentaciones, consideremos sólo ésta como la que más cuenta: el cuerpo simboliza el alimento y nosotros somos las águilas: por eso *«donde esté el cuerpo, allí se juntarán las águilas»*. ¡Alimento lleno de suavidad y de gozo, mucho más excelente que el antiguo maná, que

contiene en si todos los sabores de la dulzura! ¡Cristo es el alimento, amadísimos hijos, el alimento de nuestras almas! ¿No se había humillado bastante la grandeza divina cuando se dignó a asumir nuestra naturaleza? Vivió en la total privación de todas las cosas, habitó entre los hombres, sufrió tan atrozmente, sufrió una muerte cruel e infamante en la cruz, entre deshonorosos ladrones. ¿Por qué este mismo Dios que naciendo ha querido ser nuestro compañero de viaje, muriendo se ha convertido en el precio de nuestro rescate, en el cielo nuestro defensor, en la beatitud eterna nuestro premio, no se ha horrorizado de dejarse a si mismo como alimento a nosotros, desgraciados e insignificantes? Esta es la señal más grande de amor: por nosotros ya había hecho todo, había dado origen a toda la variedad y abundancia de alimentos para nuestro cuerpo; sin embargo ha querido nutrir nuestras almas con su Cuerpo y su Sangre. Para confirmar esto, escuchad lo que dice Él mismo en el Evangelio de hoy: «*Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida*» (Jn. 6, 55). Dice «*verdadera*» porque verdadera y realmente en esta comida y en esta bebida están presentes el Cuerpo y la Sangre de Cristo. «*Verdadera*» porque es verdadera comida y bebida: todos aquellos beneficios que el alimento y la bebida proporcionan al cuerpo, por una misteriosa razón son aportados a las almas de un modo eficaz por la Sacrosanta Sinaxis. ¡Felices los hombres si gustan a menudo de este alimento! ¡Como se llenarán de su gozo, el que sólo saben apreciar aquellos que la gustan! El profeta dice: «*Gustad y ved*» (Sal. 34, 9). ¿Y qué causa podría separarnos de esta comida? ¿Cómo podremos no sentir la necesidad de tal alimento? ¡Nosotros sentimos toda su exigencia! ¿Acaso el que es el Señor del banquete no nos ofrecerá sus alimentos con todo el corazón y de buen grado? ¡No desea otra cosa! En este santísimo Sacramento nos propone un banquete para que podamos comer, beber y emborracharnos (cfr. Cant. 5, 1); por esto su invitación es a acercarnos frecuentemente.

Es alimento, es comida, es el pan de los ángeles, ver-

dadero y sólido alimento de las almas. Pero, ¡ay! ¡cuántos desprecian este alegre banquete y prefieren apresurarse a mesas vacías, viles y falsas donde no hay comida sólida, capaz de saciar, de apagar el hambre y la sed! Estos se marchan, y *«me han abandonado a mi, fuente de agua viva, para escavarse cisternas, cisternas agrietadas incapaces de retener el agua»* (Jer. 2, 13). Ellos podrían embriagarse frecuentemente con la bebida celestial, y sin embargo prefieren *«beber aguas turbias por el camino de Egipto»* (Ibidem, 2, 18). Tiene razón el Señor de lamentarse de nosotros con su voz suave; ¡con qué dulces palabras Él nos invita a donde nosotros deberíamos dirigirnos a toda prisa! *«Todos vosotros sedientos, venid al agua, quien no tenga dinero que venga igualmente; comprad y comed sin dinero y sin gasto vino y leche. ¿Por qué gastáis dinero por lo que no es pan, vuestro patrimonio por lo que no sacia? Escuchadme y comeréis cosas buenas y gustaréis alimentos suculentos»* (Is. 55, 1-2). Almas, si sois débiles y frías, este alimento os encenderá con un inmenso ardor de caridad; si estáis agobiadas y oprimidas por toda suerte de desgracia espiritual, os curará; si sois frágiles e inseguras, os infundirá nuevo vigor y sucederá que *«cuantos esperan en el Señor, recuperarán fuerzas, pondrán alas como las águilas, correrán sin fatigarse, caminarán sin cansarse»* (Ibidem 55, 31).

Queridísimos, acordaos que somos peregrinos y que *«no tenemos aquí abajo una ciudad estable, sino que buscamos la futura»* (Heb. 13, 14); que *«estamos en un destierro lejano del Señor»* (2 Cor 5, 6); que *«entre nosotros hay establecido un gran abismo»* (Luc. 16, 26) de separación de aquella patria celestial que esperamos alcanzar; que debemos realizar todavía un largo camino. ¿Cómo podemos esperar conseguir un éxito feliz al término de tan largo y difícil camino, si no nos alimentamos abundantemente? ¿Cómo haremos para no desfallecer por el camino si nos quedamos en ayunas? (Mt. 15, 32) Este es el pan de aquellos que están en camino, el alimento del último viaje para quien está destinado a morir. Por

este motivo, muy oportunamente, se nos presenta bajo la apariencia de pan, porque como el pan es el alimento de cada día, así nosotros deberemos nutrirnos cotidianamente de la Eucaristía. El ángel no se contentó con que Elías comiera un solo pan cocido bajo la ceniza: lo incitó una segunda vez, dándole razones: «*¡Levántate y come! ¡Demasiado largo es el camino!*» (1 Re. 19, 5.7). Las mismas cosas hoy se os dicen no por parte de un ángel, sino del Señor de los ángeles, por boca mía: levantáos, comed, no una sola vez al año, no dos veces, no diez, sino frecuentemente. Tened compasión de vuestras almas, no seáis malvados y crueles con vosotros mismos; mirad y reflexionad sobre el gran viaje que debéis emprender, los altos montes, el camino sembrado de dificultad. Y comed de este pan que os es concedido desde el cielo, para que podáis llegar «*con la fuerza dada por aquel alimento hasta el monte de Dios, el Horeb*» (1 Re. 19, 8), a ver a Dios, a disfrutar para siempre de la visión beatífica. Transcurrido el breve tiempo de esta vida frágil e insignificante, sucederá que «*donde esté el cuerpo, allí se juntarán las águilas*». Amén.

A LOS QUE VAN A SER ORDENADOS

Homilía pronunciada el sábado después de Pentecostés 1 de junio de 1577

Cada vez que debo conferir los Sagrados Ordenes, queridísimos hermanos, pienso conmigo mismo con gran admiración, que ésta, entre todos los gestos pastorales, es con mucho la acción más elevada y noble. En efecto aunque la misión pastoral de cualquier sacerdote deba considerarse tan elevado que casi es divino, sobre todo por el poder de celebrar el Sacramento de la Eucaristía, y superior al ministerio de los mismos ángeles, ¿quién podría negar que es aún más grande –y por ello aún más deseable– la dignidad de quien tiene la autoridad de conferir a otros el poder y la idoneidad para celebrar el Sacramento? Me dispongo a ejercitar este ministerio lleno de admiración –lo confieso– y todavía más lleno de estupor. Me considero un indigno ministro de Jesucristo, precisamente yo que hoy voy a celebrar Sacramentos tan sublimes mientras tengo las manos manchadas de culpas y el corazón impuro. ¿Qué debo decir, después, de la búsqueda diligente y minuciosa que ha de hacerse en torno a la vida y la preparación cultural de aquellos que deben ser elevados a los Sagrados Ordenes? La voz del Apóstol me advierte que sea profunda y completa en todos los aspectos, en la medida de lo posible: «*No seas precipitado en imponer las manos a alguien*» (1 Tim. 5, 22). En todo esto, una negligencia mía por mínima que fuera podría volverse sobre mí como una grave culpa. Es verdad que de costumbre debe dejarse todo esto al arbitrio del Juez Supremo, porque en ese examen saldrán a la luz los secretos

más profundos del corazón y deberemos rendir cuentas de cada acción nuestra; pero entretanto a la luz manifiesta del juicio de Dios, algunos Obispos vieron volverse pesadamente contra ellos esta culpa (de la que pagaremos la deuda al final de la vida), por haber admitido a alguien a los Ordenes sin un examen diligente; habían estimado que eran plenamente idóneos para llevar el peso del cuidado pastoral y ser válidos colaboradores. Diré más: han hecho todo esto de buena fe; pero han acabado por darse cuenta de que no sólo no eran útiles, sino que realmente les servían de obstáculo y acarreaban un daño no pequeño al culto divino. Por ello es evidente que no basta con investigar superficialmente sobre la vida y la preparación de cada candidato, sino que en cuanto sea posible, es menester indagar en profundidad también sobre sus intenciones; y, después de haber tomado todas las precauciones y cuidados, hay que pedir y sobre todo implorar al bondadoso Dios, que sea Él quien escoja y eleve a aquellos que Él sabe que llegarán a ser buenos ministros. Por esto precisamente hoy, durante esta sagrada ceremonia de la administración de los Ordenes, nos oiréis cantar aquella piadosa súplica que la santa Iglesia entona desde lo íntimo de su corazón: «Nosotros, como hombres que tienen el sentimiento de las cosas de Dios pero a quienes se escapa la capacidad de conocer todo en profundidad, evaluamos en la medida que nos es posible la vida de éstos. A Ti, Dios, sin embargo, no te pasa desapercibido lo que para nosotros es oscuro; no te engañan las cosas más misteriosas; Tú conoces los secretos y escudriñas los corazones. Tú podrás examinar la vida de éstos con tu juicio divino con el que resultas siempre vencedor; Tú puedes purificar las culpas cometidas y conceder la gracia de cumplir todo lo que se debe».

Pero, ¿por qué os digo todo esto, amadísimos? Para que comprendáis qué peligroso, qué difícil es nuestro ministerio pastoral, en toda circunstancia, pero también en la celebración de hoy. Movidos por sentimientos de devoción, junto a vosotros pediremos a Dios por vosotros del

modo más intenso, para que os alcance con su divina y benévola clemencia, riegue vuestros corazones con la luz y el rocío de su Espíritu Santo; al mismo tiempo esforzáos por pensar con todo el ánimo si por casualidad hemos cometido alguna negligencia ante vosotros en todas estas cosas; finalmente, con fervientes oraciones y súplicas hay que implorar al Espíritu Santo. En cuanto a vosotros, en quienes puede hallarse alguna culpa, si no accedéis a los Sagrados Ordenes con aquella pureza de alma de a que hemos hablado antes, esforzáos desde ahora para obtener la ayuda divina.

La misión a la que hoy aspiráis es de gran prestigio y fuera de lo común: ¡cómo querría que meditáseis en lo profundo de vuestro ánimo la extraordinaria excelencia de vuestro grado! Si no queréis pues haceros indignos de lo que recibís, no reflexionéis solamente sobre la santidad de la vida, la ciencia, la fe, y la prudencia con las que podréis llevar dignamente el peso de tal misión, sino considerad también profundamente qué fin os habéis propuesto. En efecto si habéis llegado hasta aquí con el solo objetivo de asegurarnos comida y vestidos, y no tenéis otro propósito que conseguir beneficios financieros, como sucede normalmente en todas aquellas actividades que tienen fines deshonestos, lo mejor para vosotros, ahora, sería irros. No es posible tener dudas que, así como es un gran sacrilegio acercarse al altar por motivo de ganancia o de interés, igualmente grave sacrilegio es recibir el Sacramento del Orden, mediante el cual somos hechos idóneos para el ministerio del altar, sólo por un interés económico. Es cosa justa, como dice la palabra del Apóstol de acuerdo con la ley de Dios y la ley natural, que quienes sirven al altar vivan de lo que se pone sobre el altar. Sin embargo se dice que a ninguno le está permitido anteponer cualquier necesidad al culto divino. Si por casualidad la ambición o el deseo de ganar ha llevado a alguno de vosotros a elegir esta condición de vida, os ruego, irros; os lo repito: ¡Marchaos! (cfr. Is. 52, 11). El Espíritu Santo que se derrama de modo particular en las almas bien pre-

paradas para recibir este Sacramento, inundándolas con un gran efluvio de gracias, no se posa sobre los soberbios y presuntuosos, sino sobre los humildes y mansos, como atestigua el profeta: ¿Sobre quién se posará el Espíritu del Señor? Sobre el que es manso, piadoso y humilde de corazón. Todos vosotros pues que deseáis ser introducidos y elevados al sagrado ministerio por otra razón que no sea el servicio y el culto de Dios grande y bondadoso, sois advertidos por mí repetidamente para que sepáis que sería mucho mejor para vosotros ataros al cuello una piedra de molino y arrojaros a lo profundo del mar (cfr. Mt. 18, 6), antes que entrar de este modo en el redil de Cristo, es decir por otro camino que no sea la puerta; Cristo, en el Evangelio, asegura que esto es propio de los ladrones y maleantes, no de los pastores (Cfr. Jn. 10, 1). Os lo ruego, no queráis entristecer de este modo al Espíritu Santo; es ciertamente Espíritu de dulzura, pero se irrita con aquellos que lo ofenden y cometen pecados. Aquellos clérigos y sacerdotes que reciben los Sagrados Ordenes de modo indigno y con un ánimo tan alejado de propósitos santos, no sólo no reciben las gracias del Espíritu Santo, sino que a ellos no les puede suceder nada más infeliz y triste; no puede haber nada más dañino para la Iglesia. Son objeto de desprecio y menosprecio por parte del pueblo de los fieles; son abandonados por Dios en esta vida y se preparan para ellos la condenación eterna en la otra. Para que podáis evitar una infelicidad y miseria tan grande, queridísimos, esforzáos con toda atención y empeño para brillar como ejemplo. ¡Fortaleced vuestro ánimo! Si en vuestro corazón ha habido alguna intención torcida o impura, aunque os acerquéis al altar con un ánimo menos preparado y formado del debido, todo será purificado y bien dispuesto por la fuerza del Espíritu Santo: hoy van a derramarse con abundancia sus dones en vuestras mentes, si vosotros no le sois obstáculo. No quiero ni siquiera pensar que alguno se acerque a los Ordenes con el alma manchada de alguna culpa, o pecado grave, o condenado por la censura eclesiástica. En esta santa y divina celebración,

junto a mí, invocad los favores del Espíritu Santo, cuya octava estamos celebrando; imploremos: «Ven, Espíritu Santo, calienta lo que está helado, endereza lo que está desviado». A los fieles que hoy te invocan «concede tus santos dones. Concede virtud y premio, concede una muerte santa, concede gozo eterno». Amén.

A LOS QUE VAN A SER ORDENADOS

Homilía pronunciada el sábado de la IV Témpera

22 de febrero de 1578

Cuanto mayor y más excelente es la dignidad para ser admitidos a la que hoy habéis llegado aquí, hermanos, tanto más debéis reflexionar qué dificultades váis a encontrar, qué severo será el juicio de Dios si no os presentáis con una santidad de ánimo como conviene a esta dignidad. Podremos demostrároslo con muchos pasajes de la Escritura y otros tantos argumentos convincentes; tengo la intención de ponerlos a vuestra consideración uno solo: si es recibido en vuestro corazón como se debe, será suficiente para asustar el ánimo de aquellos que con indiferencia, o, lo que es peor, por ambición o malvado deseo de ganar, o por otros motivos que no sean el fiel servicio a Dios, desean conseguir un ministerio tan sublime. El argumento es el recogido por la frase del Exodo: «*También los sacerdotes, que se acercan al Señor, se deben mantener en estado de pureza, si no, el Señor se volverá contra ellos*» (Ex. 19, 22). En esta frase son dos las palabras que debemos considerar atentamente; una manifiesta un honor y una gloria increíbles; la otra desastres y calamidades terribles. Son las palabras: «*Se santifiquen*» y «*se lanzará*». Si tuviera que exponeros aunque sólo fuera superficialmente su fuerza y eficacia, podría considerar que he cumplido mi deber: mi tarea es en efecto estimular de cualquier modo posible vuestro ánimo a la contemplación de un misterio tan sublime y profundo.

No quiero tratar en este breve tiempo de cuáles son las condiciones con las que os acercaréis a Dios no sólo con los pasos de vuestro cuerpo, sino con el progreso de vuestra alma: considero que ya habéis profundizado sobre todo esto, dado que hoy aspiráis a recibir el Sacramento del Orden en el que se confiere la gracia del Espíritu Santo a quien lo recibe dignamente; cada vez que os dirijáis al altar para celebrar personalmente o para asistir a algún celebrante, reflexionad que os acercáis al Señor, nada menos que a Aquel que es rey del cielo y de la tierra, ante el cual se postran en la mayor humildad los coros de los ángeles, celebrando perennemente su alabanza; os presentáis a Dios, cuya majestad se debe temer y su infinita potencia. ¿Cómo extrañarnos de que debemos purificarnos cuando a Él nos acercamos, para no ofender sus ojos con algo impuro y pecaminoso? Como es obligado que cada uno, cuando se presenta ante un rey de este mundo, se ponga los vestidos más escogidos para presentar el mejor aspecto posible, y esté atento que en el vestido o en su presencia física no haya algo poco adecuado o conveniente, icuánto más es necesario, al acercarse al Señor y Dios nuestro, grande y sublime, que os pongáis los vestidos interiores del alma, adornándoos de las más preciosas entre las virtudes! Si no, seríamos estúpidos y necios, hermanos.

La belleza y el decoro del alma están en su interior, dice el Salmista: «*La hija del rey es toda esplendor en su interior, piedras preciosas y tejidos de oro su vestido*» (Sal. 45, 14). Es decir, está adornada de las virtudes más elevadas, que brillan entre todas las virtudes cristianas así como el oro se distingue entre todos los demás metales: son la santa humildad, la obediencia, la paciencia, la abstinencia, la castidad, la magnanimidad, la piedad, y la más perfecta de todas: la caridad. Si las almas de los fieles estuvieran revestidas interiormente de su maravillosa variedad, podrán estar con serenidad ante el Rey, unirse a Él con todo el corazón, y presentarse santificadas como conviene.

Vosotros pues que os vais a acercar al Señor, debéis santificaros: si no, debéis temer que su mano vengadora os golpee pesadamente. Que ninguno piense que esta amenaza está dirigida sólo a los sacerdotes y no a todos los hombres de iglesia. En otro lugar está escrito: «*Purificaos los que lleváis los utensilios del Señor*» (Is. 52, 11). Este pasaje nos muestra que no sólo los sacerdotes sino también aquellos que les asisten, sirviéndoles en el altar, deben purificarse. Los ministros de la Misa Grande o, como se suele decir, Conventual, que sepan que, aunque no sean ellos los que celebran el Sacramento, por el hecho de llevar los utensilios del Señor y asistir al sacerdote que consagra, deben también ellos santificarse, si no quieren encontrarse con el peligro de ser golpeados por el Señor. Cuanta fuerza tiene esta palabra, ni siquiera el más elocuente de los hombres de iglesia sabría expresar, creo. Contra los Egipcios, ¿qué más podría haber operado la diestra vengadora de Dios, aparte de aquellos tremendos y terribles azotes que ya conocemos: el cambiarse el agua en sangre, la invasión de las ranas en las casas y las molestas bandadas de mosquitos de toda especie, la peste que se desataba entre los animales de los Egipcios, el inmenso y voracísimo ejército de langostas que devoraban todo, la molesta e innumerable colonia de tábanos, la espesa nube de oscuridad durante el día y finalmente la despiadada muerte de todos los primogénitos? Y aún más: después de todo esto, el despojo de todos los objetos preciosos, el terrible sumergirse en el Mar Rojo? El Señor había afirmado todo esto diciendo una sola palabra: «*Golpearé a Egipto con todos mis prodigios*» (Ex. 3, 20). ¿Quién se augura tener que haberselas con el Angel exterminador que dio muerte a setenta mil hombres con la terrible plaga de la peste en un solo día (cfr. 2 Sam. 24, 15) o destruyó el entero ejército de Sennacherib en un momento y con increíble poder? (cfr. 2 Re. 19, 35) ¿Cómo no quedar aterrorizado? ¿Cómo no experimentar pavor?

Alguno recordará aquella frase del profeta que dice: «*Hiere al pastor y que se disperse el rebaño*» (Zac. 13, 7;